La reina que no quiso reinar

Juana I de Castilla, reina y mujer abandonada, todas las noches desesperadamente y atrapada en el monasterio de Tordesillas desde hace 20 años bajo la vigilancia de las damas que la acompañan, recuerda los rostros a los que amó y que ya no se encuentran a su lado.

Al lado de sus féretros recuerda su dolorosa vida, testigo de intrigas y ambiciones palaciegas que la hicieron perder su cordura. A lo largo de toda la obre repite insistentemente que ella no había nacido para reinar, ambición que muchas tenían, sino para amar.

Comienza comentando la vida de su madre, la reina Isabel de Castilla, “la católica”, a la que como madre sólo recordaba cuando en las noches se reunían ella, sus hermanos e Isabel, en los aposentos de esta. Fuera de esa habitación ocupaba el cargo de reina, y no había otro momento del día en el que no cumpliese tal función.

Más tarde habló de lo inhumano que es el matrimonio por conveniencia al que estaban sometidos hijos e hijas de reyes. Su hermano Juan había fallecido muy joven sin descendencia, por ello los Reyes Católicos mandaron casar a la mayor de sus hijas, Isabel, con uno de los hijos del rey de Portugal, con la finalidad de unir los dos reinos cuando este heredase la corona de Portugal. Alfonso, ese era su nombre, murió pronto e Isabel, joven y viuda, y sin descendencia, tuvo que casarse por mandato de sus padres con Manuel, su cuñado y hermano de Alfonso. Cuando Isabel muere, Manuel (con un hijo de Isabel) se casa con María, otra de las hermanas de Juana quien tenía un gran miedo a dar a luz, que Juana recuerda esa noche.

Lo macabro que resultaban este tipo de matrimonios, no pensados en la felicidad, sino en mantener la sangre real de la corona, no era el momento que Juana esperaba, el momento en el que te envían a un país extraño y desconocido, y te casan con un hombre al que no amas.

Desgraciadamente ese día llegó y Juana navegó por los mares del Atlántico con rumbo a Flandes, para casarse con un joven y apuesto príncipe: Felipe I, del que Juana se enamoró y quedó embarazada de su primer hijo: Carlos I, que heredaría los dominios de la corona de Castilla y Aragón y los territorios flamencos.

Durante todo su matrimonio Juana cuenta que hubo épocas celosas y desdichadas ya que esta sabía que su marido Felipe I tenía encuentros con otras damas, lo que enfurecía a Juana y lo que comenzó a alocar su mente.

Hubo veces que Felipe la prohibió volver a su lecho y se encerraba en su habitación mientras que Juana suplicaba y forcejeaba con la puerta. Aún así, las promesas de Felipe no duraron mucho tiempo y llegaron a tener cuatro hijos a los que casaron con diferentes hijos e hijas de reyes. Nombra repetidamente a una de sus hijas, Catalina, la menor, a la que llama “infantita de Portugal”, ya que se casó con el heredero de Portugal, Juan III, su primo, hijo de María.

Según ella, Felipe “el hermoso”, su querido esposo, murió una tarde de verano en Burgos, esclavo de altas fiebres y escalofríos que cerraron las luz de sus ojos. Y no sólo los suyos, sino también los de Juana, ya que nunca quiso aceptar su marcha y la tristeza y soledad invadieron su alma.

Se encontraba sola porque ni siquiera su padre, Fernando I de Aragón, entendió su dolor. La despojó de sus hijos y la encerró en el monasterio de Tordesillas. La reina Isabel había muerto mucho antes, dejando por escrito que si su hija heredera, Juana, mostraba síntomas de demencia mental, el trono de Castilla pasaría a las manos de Fernando, su marido, hasta que Carlos I, el heredero, fuese mayor de edad y pudiera reinar, siendo aún oficialmente Juana la reina de Castilla.

Aquí acaba del relato de Juana, relato que repite todas las noches hasta el momento de su ida, el momento del final de su locura, la de una mujer enloquecida de amor.